

# Florentino y el Diablo

## AMBIVALENCIA

### DE UN PARADIGMA CULTURAL

Pedro Trigo

Celebramos cien años del nacimiento de Alberto Arvelo Torrealba y se cumplen treinta desde que publicó su versión definitiva de *Florentino y el Diablo*. Hace veinte aprendimos a quererlo cuando nos introducía querenciosamente al mundo de Lazo Martí. Gracias a él la vigencia de la *Silva Criolla* no fue ciertamente en lejanía. Varias veces nos acompañó su *Obra Poética* (UCV, Caracas 1967) por los rumbos de su llano. Luego nos empapó, hasta dejarnos completamente transidos, la *Cantata Criolla*, *Florentino* vuelto atmósfera por el maestro Esteves (pieza tan querida a Balza). Desde hace años abrigamos la esperanza, cada vez más débil aunque más querida, de continuar *Florentino*, el atrevimiento de plasmar un nuevo encuentro.

Con estos antecedentes hemos vuelto a recaer en el poema y nos hemos dejado atrapar por la *Cantata*. Nos pareció que esta vez la experiencia pedía estas líneas para consumarse, y ahí van, no analíticas ni distantes sino hijas de la implicación.



En un primer nivel de lectura, que corresponde sin duda a la intencionalidad del autor, el poema plasma la prueba que consagra a *Florentino* como el cantor popular, ya que el canto sólo trasciende en presencia de la muerte; si el miedo es capaz de apagar la voz, el canto es tan sólo alarde vano. Cuando el cantor, lejos de público amigo, se hunde en *El Desamparo*, surge el *Diablo* tentador. *Florentino* es libre al precio de pobreza y soledad. Para el cantor no venal, la otra cara de la fiesta es el desierto. Y en la hora del desierto le espera la suerte suprema. Es la tiente; ella sacará a la luz si el poeta es toro o buey adornado. El poder taciturno y contundente, "desde

los siglos del rey" ha venido desafiando a los poetas, tentándolos para que abdicen de su libertad y uncielos a su carro de triunfo. Al poder no le basta con el dominio despótico. Necesita poder ufanarse de poseer al cantor: "Albricias pido, señores, / que ya *Florentino* es mío". *Florentino*, consciente de lo que se juega y de que la desnudez es el secreto de su fuerza, se afina en su tierra para aceptar. Conjura a su tierra, unimismada con su desamparo, pero arrojada con toda el ansia de su desamparo en las manos de Dios. Reintegrado a este núcleo profundo, puede decir sin jactancia el poeta: "yo me paro a responder".

Por eso, como en *Las Mil y una noches*, el hilo del canto es el hilo de la vida ("Préstenme no más las alas / pa' que no pare el corrío"). Y así el ingenio no es pose de señorito para deslumbrar a incautos y sin oficio sino don del cielo que el poder no puede mensurar, definir ni contener. El poder no sabe sino interrogar y amenazar; el cantor responde con libertad que se trasfigura en belleza. Y al final triunfa, revelando el secreto de su canto, dando testimonio del único poder al que se acoge, que le hace libre de los poderes de este mundo: "Santísima Trinidad". En el fondo (casi siempre inexpresado pero operante) el canto es oración, de ahí su gracia. La que encanta al pueblo. La que el orden establecido no puede dar ni quitar (si el cantor no quiere).

A este nivel *Florentino* es el héroe del pueblo frente al poder, que sigue en manos de los vencedores "desde los siglos del rey".



Pero en pugna con esta interpretación, contradiciéndola sin borrarla, brota del poema otra lectura inquietante.

*Florentino y el Diablo* es el debate entre la vida y la muerte (por interpretarlo donosamente dieron a Orlando Araujo el Premio Nacional de Literatura). En el poema de Arvelo vida es luz, libertad y voz, y mudez, condena y sombra son los trazos de la muerte. El *Diablo* es el que esclaviza con el miedo de la muerte; *Florentino* es el que exclama: "miedo nunca lo he sentido". Por eso *Florentino* va derecho y el *Diablo* tiende celadas. El valor de *Florentino* está anclado en razón, nobleza y fe. Ante ellas, las armas del *Diablo* resultan pesadas y torpes, y, vencido de antemano, desnuda su secreta debilidad: la tristeza irremediable.

El *Diablo* tiene las de perder porque aceptó las armas del canto que son las de la vida y la fe. Peleó en campo ajeno, se salió de sí para pelear. Entrar en la luz del canto es ya confesión de nostalgia y de derrota. ¿Buscaba el *Diablo* callar a *Florentino* y conducirlo al reino sombrío o más bien el lance era un pretexto para escaparse del desamparo y entrar en el reino ajeno, aunque sea en condición de antagonista? El *Diablo* ¿no admira a *Florentino*, no busca con sus puntadas que saque lo mejor de sí, no se debate entre la alegría de compartir el canto y la tristeza de que el contrapunto ha de acabar cuando puntual salga el sol? ¿Qué más le da al *Diablo* volver a la sombra solo que con *Florentino* enmudecido? Lo que siente es perderse. Lo que le duele es estar perdido. Sólo le queda el reino de la pérdida. El precio de su libertad es el confinamiento a más allá de más nunca y a las horas y lugares residuales, informes aún o deformes. La única comunicación que le queda es enredar a los perdidos por su lado de perdición, por si aceptan también perderse. Ese es su único poder y victoria. Sólo le queda infundir miedo y sembrar muerte.

*Florentino* es el que no le basta con recorrer con su fe, que no necesita posesión, el ancho mundo del día, el

mundo-del-hombre. Florentino es tan rico que no necesita guardar, es tan señor que no necesita sirvientes. Está tan consustanciado con la vida y su esplendor que no necesita del mundo-de-la-vida, ya que la vida le nace de sí. Por eso Florentino es el que pasea su vida por el reino de la muerte ("caminando el erial/como quien pisa vergel"). Es el que tienta al Diablo, lo escandaliza con su libertad afirmativa, lo provoca. No es pues el Diablo el que se mide con Florentino. El Diablo no tiene más remedio que acudir a él, confuso de sus intenciones, secretamente seducido. Si amenaza que el Diablo despliega todo su mundo sombrío; pero al ponerlo en verso lo desdice al emplearlo como materia prima para la belleza y el diálogo, que son la flor de la vida. Claro que el Diablo busca meter a Florentino el espanto en el cuerpo. Si no, no sería Diablo. Pero se hubiera sentido decepcionadísimo si Florentino hubiera enmudecido de pánico, se hubiera quedado abatido por la tristeza. Es que más que vencer a Florentino el Diablo busca jugar. Aunque para eso tenga que urdir la fúnebre mascarada del duelo a muerte. Es el único modo de que lo dejen entrar a la guerra florida del contrapunteo.

Florentino llega a sentir miedo por las amenazas de Diablo. El que comenzó desplegando sus facultades, empieza a desconfiar de la inutilidad de las palabras hermosas ante la contundencia muda del filo. La palabra que deslumbra, espejea, retruca, provoca, zahiere o se esponja no basta. Ante la amenaza de destrozarse la palabra hay que recurrir a la palabra poderosa. Florentino tenía guardada desde el comienzo esa carta; prefería no recurrir a ella, pues la palabra de peso es una palabra comprometida, pero sabía que esa palabra estaba ahí como un último recurso siempre disponible. Es la palabra que nombra la fuente del mundo-de-la-vida, la fuente de la luz que con sola su presencia confina a las tinieblas al que pertenece a ellas.



Hay muchas lecturas posibles de Florentino y el Diablo. Pero yo quiero destacar que en último término Florentino es español y el Diablo es indio y va de negro. Florentino recorre la llanura que señoreó su raza. El es la flor del dominio, la desnuda libertad del vencedor. Constituido el mundo-del-hombre-español, ya no se precisa la fuerza. Ahora el dominio es por la palabra. Dejado el lastre de la palabra contractual, atada a lo meramente útil, Florentino es la palabra soberana, cauce y caudal a la vez. La palabra que no conoce fronteras: nombra, inventa, mide, recrea, ensalza y abate, juega y se enzarza... Domina deslumbrando, dejando sin palabras, obligando a aceptar y aplaudir por el propio peso de su hermosura. Como es la palabra vigente, puede ser palabra franca, se da el lujo de ser limpia, sincera, verdadera. Brilla con luz natural. La palabra de Florentino es la gracia de su mundo, la flor de su humanidad.

El Diablo es indio ¿Le queda al indio otra posibilidad, si no quiere hacer de "pájaro mendigo"? El Diablo es el indio que proclama que "el orgullo indomable/ vale más que el bien perdido". El Diablo es el indio "quien la paz sin la gloria/ cambió por gloria sin paz". ¿Qué le queda a Guaicaipuro sino el conjuro en la noche? Si desprecia esas estatuas de burla que le erigieron los que a traición lo abrasaron ¿qué otro lugar le queda que los rituales prohibidos de los vencidos? El Diablo de los confines, la otra cara de la luna que todos sabemos que existe pero que todos fingimos ignorar porque queremos convencernos de que este orden establecido por la raza blanca es sin más realidad, es el reino de este mundo que madura para heredar el de los cielos. El indio confinado a la noche, condenado a la mudez ("el que ya no puede hablar") es el que admira al catire ("Catire quita pesares/ arrendajo y turupial"). En el entrevero se le escapa de lo más hondo esta confesión:

"Tu rosa sin marchitez  
me clavó en el pecho airado  
espinas que nadie ve.  
Esa altiva pesadumbre  
la suspiro yo también  
cuando siento la dolida  
tentación de florecer".

Pero tiene que escuchar humillado la indiferencia de Florentino, que se sabe la flor del llano:

"Su aguijón no me zahiere  
ni me emponzoña su mal,  
ni en escombros de despecho  
me arredra su adversidad".

¿Es verdad que el catire nada tiene que ver con la adversidad y el despecho del indio? ¿No fue el catire quien causó la adversidad del indio y la sacralizó como condena? ¿Quién es el dios que condena al indio rebelde sino el blanco divinizado?

Al fin el indio, el hijo de los ríos, volverá a invisibilizarse en su bongo fantasmal. Como Doña Bárbara. Y nos queda la nostalgia de otra ocasión perdida. De nuevo triunfó el catire. Florentino queda como héroe de los descendientes de los indios. Es el blanqueo espiritual. Tampoco ahora ha sido posible el reconocimiento. Sólo la lucha, con los destinos sellados. No han cambiado los regentes. Aún es el tiempo de los catires. Sin el Diablo nos hemos quedado un poco más solos, terriblemente solos. Sin su adalid, el pueblo queda reducido a "compases de silencio", o condenado a vivir vicariamente la vida de los catires representada o a imitarlos. Condenado al blanqueo, es decir a vender el alma. Con la mudez del indio vestido de negro la cultura se reduce a piruetas sin lastre ya que "Arte sin pueblo se esfuma/ de la moda en los vaivenes". Esa es nuestra condenación.

Y a todas éstas ¿qué pensarán de este lance las personas invocadas por Florentino al final? Yo cada vez veo más claro que esos santos personajes se fueron en el bongo, se fueron con el Diablo, prefieren estar con el indio aunque se le reserve ese papel.

¡Si los que por mar vinieron  
y los que aquí se encontraban  
y los que de ambos nacieron  
por fin se reconciliaran!

Seguro que habrá otro encuentro.  
Y tal vez ambos contendientes salgan transformados de él. Entonces habremos ganado todos.

